

Como adoras lo inútil y lo leve
de la esperanza y del amor, te envió
estos versos tan frágiles, cual una

guirnalda de amplios cálices de nieve
colmados hasta el borde de rocío
y atados con un rayo de la luna.

El caballo andaluz

A Miguel de Unamuno

I

Curvado el cuello y la cerviz erguida,
larga la cola y con la crin rizada;
ancho de pechos, y la estremecida
cabeza temblorosa y descarnada.

Vivaz la oreja y la nariz violenta;
ojos con vaguedades de crepúsculos,
y tan fina la piel que transparenta
la nerviosa impaciencia de los músculos.

Lejos de la yeguada, en la maleza,
en un largo relincho estremecido,
fluctuante la crin, galopa solo...

Digno por su arrogancia y su belleza
de tener alas para ser uncido
en la cuadriga del divino Apolo.

II

Sintiendo el desgarrón del acicate,
bajo un trueno de bélicos clarines
lanzóse relinchando en el combate,
sueltas al viento las revueltas crines.

Y entre un chocar de gritos y armaduras,
en el pánico horror de las derrotas,
bajo los clavos de sus herraduras
crujieron piernas y cabezas rotas.

La luz del primer astro vertió como
un resplandor de plata sobre el lomo
todo de sangre y de sudor cubierto...

Con un relincho saludó á la sombra,
lamiendo el rostro de su dueño muerto
tendido en cruz sobre la verde alfombra.

III

Pasó trotando bajo los balcones
en un áureo crepúsculo de Otoño,
agitando en el trote los borlones
de su bermeja manta de madroño.

Sintió su fina grupa en la carrera
bajo la obscura noche, acariciada
por las sedas de alguna cabellera
al amor de las brisas destrenzada.

Y evocó melancólico en la huída
toda su triste juventud perdida...
Galopar entre jaras y carrascos,

y saltar sobre vírgenes potrancas,
manchando con el barro de sus cascos
el vivo terciopelo de las ancas.

IV

Pasó su ancianidad trágica y larga
con los cascos hundidos en el barro,
arrastrando, ya exánime, la carga
de algún pesado y rechinante carro,

bajo el sol y por las noches oscuras,
á través de caminos polvorientos,
lleno de lacras y de mataduras
y entre trallazos y entre juramentos.

Para luego, una tarde del estío,
enflaquecido y con un ojo vendado,
bajo fiestas de púrpura y de oro,

del circo en el inmenso vocerío,
expirar tembloroso y desangrado
entre las negras astas de algún toro.

A un poeta

A Julio Raul Mendilaharsu

I

Poeta, el tumulto de tu vida acalma,
y escucha en confidencias religiosas
lo que dicen las cosas de tu alma
y lo que el alma piensa de las cosas.

Y aprenderás las significaciones
y los vocablos mágicos y activos,
con que los inmortales Pigmaliones
transformaron la piedra en seres vivos.

Ahonda tu mirada hasta en el lodo:
para el que sabe ver, existe en todo
lo que vive y alienta, la Belleza...

Ajusta las palabras al sentido;
y rima tu sentir con el latido
del corazón de la Naturaleza.

II

Ante la tentación de los sentidos
que siempre el alma permanezca fuerte...
¡Que no tiemble tu carne á los ladridos
de los negros molosos de la Muerte!

Sin escuchar el lacrimoso bando,
sondando con tu vista el horizonte,
pasa como don Juan, jovial, cantando,
el Leteo, en la barca de Caronte.

Tendiendo al cielo el arco de tu idea,
mata el águila herida, que no pene.
¡Que caiga con el pecho atravesado!

¡Ten firme el pulso, y que tu mano sea
tan hábil y tan fuerte que refrene
el ímpetu del gran caballo alado!

III

Liberta de su buitre á Prometeo;
sobre la desnudez tiende tu manto,
y esfuma las violencias del deseo
en el ritmo sereno de tu canto.

Ahuyenta los fantasmas de la duda,
corona de jacintos tu cabeza...
Muestra sin velos tu Verdad: desnuda
es más sacra y más pura la Belleza.

Despierta en tu interior la Fe dormida,
esa ciega inmortal que Dioses crea;
y con su imagen y tu instinto sólo

ennoblece el ensueño de tu vida,
para que el sueño de tu vida sea
digno del canto y el laurel de Apolo.

Alma mistica
A Federico Uhrbach

I

Vivir igual que un santo cenobita
en áspero cubil como una fiera,
sin más compañía que una cruz bendita,
un cuenco de agua y una calavera.

Llamar al lobo y al cordero hermanos,
y sentir tal cariño por las cosas
que jamás se atreviesen nuestras manos
ni á deshojar la nieve de las rosas.

Un arcángel, desnuda la ígnea espada,
al dintel de la cueva velaría
para espantar de Lucifer el vuelo...

Y entre el húmedo azul de la alborada
un cuervo entre su pico bajaría
mi alimento diario desde el cielo.

II

Tener la fe heroica y la grandeza
de los patricios que á Jesús seguían.
Olvidaban su rango y repartían
entre pobres y enfermos su riqueza.

Y con sus blancos dedos que aun guardaban
señales de sortijas de diamantes
lavaban los ancianos y curaban
las llagas y el dolor más repugnantes.

Y luego, en sobrehumano desafío,
deshojaban sus castas primaveras
del circo entre el inmenso vocerío,

palpitantes de amor y de esperanzas,
bajo las rudas zarpas de las fieras
entonando á Jesús sus alabanzas.

III

Ser igual que esos místicos varones
que enterrando sus sueños terrenales
—instintos, apetitos y pasiones—
en la parda prisión de sus sayales,

caminan, ebrios de un divino anhelo,
los claros ojos en la altura fijos,
á conquistar la tierra para el cielo
sin otras armas que sus crucifijos.

Y entre salvajes mueren ultrajados,
sobre un árbol en flor crucificados,
sudando sangre hasta por los cabellos

—rojos frutos de místicas cosechas,—
y rogando al Señor aun por aquellos
que acribillan su cuerpo con sus flechas.

IV

Ser un prior alegre y vivaracho,
confesor de infanzonas abadesas,
y traducir los cuentos de Boccacio
á los oídos de mis feligresas.

De día orando y por la noche amando;
nacer un Paraíso de mi escilio,
y podar mis rosales recitando
exámetros latinos de Virgilio.

Amar joven la carne y viejo el vino;
dormirme junto al órgano en el coro,
y, libre de miserias y pesares,

expirar sobre un viejo pergamino
miniando las mayúsculas de oro
del divino *Cantar de los Cantares*.

V

Ser párroco de gentes muy felices,
y en el atrio, á las luces de la tarde,
mostrar con altivez mis cicatrices
por nuestro rey don Carlos que Dios guarde.

Pasar la noche al tute, discutiendo
si es válida ó no válida una baza,
ó junto al fuego del hogar, mintiendo
episodios y lances de la caza.

Tener para el dolor una sonrisa,
y dar al mal y á la amargura plazos;
y mientras la mañana centellea,

para ir á oficiar la primer misa
desprenderme entre besos de los brazos
de la moza más bella de la aldea.

Alma española
A Rufino Blanco Fombona